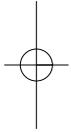


**Luis Goytisoló**

**Cosas que pasan**



**Nuevos Tiempos Ediciones Siruela**





Todos los derechos reservados.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <<http://www.cedro.org>> [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: *France. Île-de-France. Transilien.*  
Foto de © Patrick Zachmann / Magnumphotos / Contacto  
Diseño gráfico: Gloria Gauger  
© Luis Goytisolo, 2009  
© Ediciones Siruela, S. A., 2009  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid Tel.: + 34 91 355 57 20  
Fax: + 34 91 355 22 01  
[siruela@siruela.com](mailto:siruela@siruela.com) [www.siruela.com](http://www.siruela.com)  
ISBN: 978-84-9841-322-9  
Depósito legal: M-24.524-2009  
Impreso en Cofás  
Printed and made in Spain

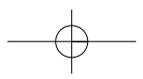
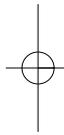
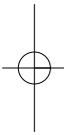
Papel 100% procedente de bosques bien gestionados.

## Índice

### Cosas que pasan

I. El remolino	11
II. Reconociendo el paisaje circundante	33
III. Entre lo afín y lo contrapuesto	59
IV. El hilo conductor de lo aleatorio	81
V. Celos, danzas, sodomías	103
VI. Escribir lo inexpresable	119
VII. Salto a las alturas	139

## Cosas que pasan



## I

## El remolino

La impresión de que somos nosotros quienes nos estamos moviendo cuando, instalados en el interior de un vagón parado, llega otro tren a la estación por una vía contigua –irrupción silenciosa en el aire gris, cuarteado de reflejos–, ilustra con particular plasticidad el carácter engañoso de la evocación de determinados recuerdos, y muy en especial de los más lejanos. La tendencia a situarse en el centro del acontecimiento evocado, por mucha que sea su magnitud, una guerra, por ejemplo; por mucho que sean miles o millones las personas afectadas por el desastre, como si la persona que lo evoca, más que protagonista, no hubiera sido mero figurante, simple accidente del paisaje. O, si el suceso es de ámbito más reducido pero no por ello menos doloroso –la pérdida de un ser querido, por ejemplo–, el impulso de apropiárselo, de hacerlo suyo, prescindiendo de los restantes allegados de la persona desaparecida, sólo un estorbo a efectos del recuerdo. Una tendencia similar a la convicción, que durante milenios poseyó al ser humano, de que la Tierra era el centro del universo, un paraje en torno al cual giraban el Sol y las otras estrellas, y no un pequeño planeta perteneciente a una pequeña galaxia perdida en los confines del universo conocido. O también, a que una persona se crea superior por razones de linaje, con todo y ser ya perceptible, hasta en la expresión del rostro, la impronta degenerativa fruto de una prolongada endogamia. O, franqueada ya la

frontera de las fantasías psicóticas, a los delirios de quien se imagina dueño y señor de castillos, ínsulas, grandezas.

En la creencia de que el tren está ya en marcha, el viajero empezará a pensar en lo que le aguarda en el punto de destino. O bien, estimulado en su locuacidad por la impresión de movimiento, intentará establecer conversación con el vecino de asiento y, antes de que despliegue el periódico o de que desenfundando el móvil haga saber a alguien que ya estamos saliendo, le dirigirá algún comentario convencional y amistoso, a modo de globo sonda que le permita discernir si ese vecino se halla predispuesto a escucharle, a dejarse entretener con la tragedia de su vida o cualquier otra historia que permita al viajero, en su calidad de narrador, convertirse en verdadero protagonista del relato. Esto es: lo que él diga, su relato, es lo que vale, no lo que digan o puedan contar otros. Así, la guerra causó muchas víctimas, pero la principal, la víctima por antonomasia, fue la persona de la que nos está hablando. O, más concretamente, la pérdida de un ser querido es terrible para todos, pero en especial para el pequeño, para un determinado hijo, cuya vida quedó marcada para siempre. La necesidad de iconos que, en justa correspondencia, confieran un valor inapelable al propio discurso.

Así pues, nada tiene de raro que yo haya sido consciente desde siempre de que, para quienes me rodeaban, mi vida estaba condicionada no por la presencia, como es habitual, de determinada figura familiar, sino por una temprana ausencia: la de mi madre, muerta durante la guerra civil en el curso de un bombardeo. Si yo fuera un criminal famoso, un héroe de guerra o un modista exquisito, el diagnóstico, casi un veredicto, sería tajante: la falta de la madre lo explica todo. Poco importa que por idéntico motivo lo mismo pudiera decirse de millones de niños judíos o alemanes, polacos o rusos, ruandeses o vietnamitas: el caso que cuenta es el mío. En un bombardeo... La pobre madre... El pobre niño... El día de su cumpleaños... Aún ahora, cuando mi hermana Marta me telefona para felicitar me cada 17 de marzo, llega

el momento en que adivino en la repentina gravedad de su voz la inminente referencia ritual: claro que en una fecha tan triste...

Haberse criado sin la figura de la madre, ni tan siquiera recordarla, es algo que sin duda influye en la personalidad de cualquiera, como tantos otros acontecimientos violentos y pérdidas irreparables que pueden afectar a un niño. Como le afectan tantos otros factores heredados, es decir, lo que ya era ese niño antes de que le sucediera nada, lo que determina que frente a un hecho imprevisto reaccione de una manera y no de otra, de forma totalmente distinta a la de los demás niños que eventualmente hayan vivido la misma experiencia. Una manera de ser –lo que los clásicos entendían por temperamento– que en mi caso concreto hizo que un sentimiento de rechazo de la compasión ajena, casi de vergüenza, se impusiera al dolor provocado por una desaparición cuyo alcance exacto sin duda se me escapaba por aquel entonces.

Pocos años después, no ya en Viladrau sino en Barcelona, algo parecido se repitió con la abuela. Me hallaba yo en el jardín, cuando Marta me dijo: «Corre a darle un beso muy grande al abuelito, que la abuela ha muerto». Yo no sabía que acababan de llegar de la residencia en que la abuela había sido ingresada, pero la noticia no me causó la conmoción que tal vez esperaban los mayores, ya que la realidad era que la daba por perdida desde hacía tiempo, desde la tarde en que a Juan y a mí nos llevaron a visitarla. La mirada absorta con que nos acogió y que mantuvo mientras paseábamos entre los setos de boj, ella del brazo de una monja, sumida en la consideración de algún propósito para cuya realización nuestra presencia era sólo un estorbo. Y ahora, tras su muerte, al verme con los zapatos teñidos de negro, corbata negra y un brazalete de luto cosido a la manga de la chaqueta, la sensación predominante era otra vez de opresión y vergüenza, entregado como estaba a la curiosidad de mis compañeros del colegio, a sus preguntas, la expresión como aprensiva. ¿Quién se te ha muerto? Supongo que si no guardo recuerdos semejantes respecto a la

muerte de mi madre será gracias a que algún mecanismo de defensa se habrá encargado de borrarlos por completo, a diferencia de otros recuerdos coetáneos, si no anteriores.

Es un lugar común, entre la gente de edad, exclamarse con asombro de lo rápido que pasa el tiempo. ¡Parece mentira! ¡Cada vez más rápido! Y así es: si un año, para quien está en la cincuentena, es la quincuagésima parte de su vida, para el que tiene tres es un tercio. A esa edad, las cosas, desde el punto de vista del que las vive, pasan realmente a otro ritmo. Carece de sentido no entenderlo así cuando el tiempo que consideramos *objetivo* también lo es sólo desde nuestro punto de vista, del mismo modo que los *años luz* con los que pretendemos medir el universo son un valor puramente teórico, una convención, no por la luz sino por los años, algo que es válido únicamente en relación con nuestro planeta. En la práctica, durante la infancia, el tiempo carece de transcurso; hay simplemente hechos, hechos que acontecen. De ahí la confusión que rodea a los primeros recuerdos cuando se refieren a cuestiones de las que otras personas puedan dar testimonio. Es probable que algunos de los míos sean anteriores a la muerte de mi madre, y si de ella no tengo ninguno será debido al mecanismo de defensa ya mencionado. Al decirseme, por ejemplo –o al entenderlo yo así–, que se había ido, que no iba a volver, bien pude decidir que lo mejor era olvidarla; y con ella, cierto número de recuerdos anteriores. ¿Es propiamente un recuerdo, por ejemplo, verme a mí mismo caminando de la mano de alguien por la terraza de Torrentbó, entre adultos vestidos de oscuro que conversaban animadamente, como reunidos por algún motivo festivo? Si lo es, habría que situarlo semanas antes de la guerra, cuando yo tenía poco más de un año, ya que hasta meses después de que acabara no pudimos volver a Torrentbó. ¿Recuerdo real o recuerdo de un sueño que evocaba una situación anterior olvidada? ¿Responde a un hecho contemplado por mí la visión de una gallina avanzando sin cabeza por la cocina de Viladrau o se trata más bien de una historia oída a otros al calor de los rescoldos en esa sombría cocina,

algo que contaban las mujeres mientras, a contraluz, desplumaban un pollo?

Los recuerdos más nítidos se refieren a hechos fáciles de comprobar y hasta de situar en el tiempo. Familiares y vecinos escuchando la radio *—el parte*, como decían— en torno al lecho de mi padre. La búsqueda, supongo que junto con mis hermanos, por los alrededores del pueblo, de una hierba comestible llamada *vinagrelles*. El baile que los milicianos celebraban en una villa contigua a la nuestra. Los disparos y explosiones que precedieron a la entrada de las tropas franquistas; para quienes nos hallábamos cobijados en la penumbra, algo así como el paso de una tormenta. La emoción de los juegos a los que cabía entregarse a partir de la abundancia de armas, municiones y granadas de mano diseminadas por todas partes que los milicianos habían dejado en su retirada. La rápida reconversión de una vida cotidiana dominada por la penuria y el sobrecogimiento en el plácido ritmo de actividades propias de una colonia veraniega, con clases de solfeo para las chicas. La euforia de quienes venían de Barcelona a ver a mi padre, cargados de noticias, abuelos, tíos, socios y colaboradores, antiguas sirvientas que tal vez deseaban volver a casa, como María, la que fue mi ama de cría, o la María Gorda, ama seca de José Agustín. Los recuerdos a las dos, junto a una tercera sin rostro, aplicadas a la tarea de untarme de aceite el esfínter anal con el alegre jolgorio de quienes están rellenando el pavo navideño... Recuerdos todos ellos definidos con especial relieve por salirse de lo cotidiano, por estar referidos a unos hechos que, en la medida en que, ajenos a la vida diaria, se desplegaban ante mis ojos como si de una representación teatral se tratase.

Lo propiamente mío, el modo de relacionarme con la realidad más allá de la rutina familiar, venía regido por mis paseos solitarios, por mi afán de explorar los alrededores del pueblo de forma cada vez más amplia y detallada, de relacionar mentalmente un punto con otro como quien se orienta contemplando un plano. Tal vez por ello y en la medida en que interiorizaba el resultado de mis incursiones, su

recuerdo es mucho más indiferenciado y atemporal. Donde hubo nieve y manantiales helados, había ahora agua clara y fresas salvajes. El sol resplandecía en los suaves prados, en el aleteo verdiblanco de los álamos. Las castañas sonaban al desprenderse entre el amarillo de las hojas flojas. Había picos nevados. O una formación de oscuras nubes los cubría en pocos minutos, ya sin nieve, más bien azulados. Y había manzanas y vacas pastando y el despuntar sonrosado de los brotes de haya al sol de la mañana.

El recuerdo más diáfano y también más próximo, ya que corresponde al final de nuestra estancia en Viladrau, es el de acompañar a mi padre, cuando el tiempo era bueno, en sus paseos por las cercanías de casa, el sombrero calado, recogiendo con la mano las solapas del abrigo. Tomaba asiento en el banco de un jardín vecino y, más que hablar, observaba mis movimientos. «Es mi báculo», decía luego en casa; «mi lazarillo». Palabras cuyo significado exacto se me escapaba, pero que asumía como muestras de afecto. Metido en el lecho, quedaba de nuevo conectado con la sonda que drenaba de pus el pulmón izquierdo. Venía haciendo lo mismo desde unos dos años atrás, cuando contrajo una pulmonía en los sótanos de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, a la que había acudido voluntariamente en busca de protección. Estaba amenazado de muerte por los pistoleros de la FAI y había contratado los servicios de dos guardaespaldas, pero algo debió de fallar cuando los sucesos de la primavera de 1937, por lo que no tuvo otro remedio que buscar el amparo de la policía. El que pese a su estado de salud nos fuéramos a vivir a Viladrau obedecía al mismo motivo: en la casa de Barcelona o en la finca familiar de Torrentbó su vida hubiera corrido peligro. En un pueblo también era más fácil conseguir alimentos y, por otra parte, mi madre se encargaba de traer de Barcelona lo que sólo pudiera encontrarse allí. Fue en el curso de uno de esos desplazamientos cuando perdió la vida, durante una incursión aérea italiana.

El regreso a Barcelona supuso un corte total con mi vida anterior. Por más que yo fuera de allí, me había criado en

Viladrau y todas mis experiencias se referían al campo. De la ciudad sólo sabía lo que me habían contado o había oído decir y, a falta de referencias directas, se me hacía difícil de imaginar, especialmente en sus aspectos más excitantes, lugares como el puerto o el metro. Sin embargo, una vez instalados, tanto la casa en sí, como el entorno más inmediato de calles apacibles y villas ajardinadas resultaron tan ricos en sugerencias que ni se me ocurrió pensar en el resto de la ciudad. Nuestra casa, al igual que alguna otra de las proximidades, había servido de alojamiento durante la guerra a miembros de las Brigadas Internacionales, y aquí y allá habían dejado diversas construcciones auxiliares, una de ellas junto al garaje: un lugar excelente para establecer mi cuartel general. Desde allí, y a través de la azotea de una construcción vecina, no tardé en organizar una salida secreta que daba al Camino del Cementerio; se trataba de un cementerio ya entonces prácticamente en desuso, pero no por ello menos inquietante, o tal vez más, precisamente por ello. Al otro lado, tras una sucesión de villas ajardinadas, iglesias, colegios y conventos, el casco viejo de Sarriá, un antiguo pueblo absorbido por la expansión de Barcelona. Sus apretadas calles, por lo pueblerinas, me resultaban totalmente familiares; además, había puestos de helados y quioscos en los que la abuela no tenía más remedio que comprarme cada vez un cómic.

Los abuelos, en aquella época, fueron los miembros de la familia con los que tuve un mayor contacto. Mis hermanos tenían sus amigos y sus recuerdos comunes de antes de la guerra, lugares que yo ni había pisado –Puigcerdá, Llansá–, de forma que apenas si me prestaban atención. Mi padre, parcialmente recuperado, había retomado sus ocupaciones aunque, de vuelta en casa, solía tumbarse sobre la cama. Al cansancio propio de la enfermedad se unían sin duda las preocupaciones por la buena marcha de ABDECA, *La fábrica* –como él decía–, en tiempos del estraperlo. Un 6% de beneficio le parecía más que suficiente y no estaba de acuerdo con los restantes socios, partidarios de vender en el mercado negro una parte del cupo de gasóleo que *La*

*fábrica* tenía asignado. Se trataba de una industria dedicada al aprovechamiento integral de los despojos de los animales de tiro, entonces aún muy numerosos en todo tipo de actividades, con los que se elaboraba piensos, colas y abonos. El carácter ejemplar de la idea, muy anterior a todo planteamiento ecológico, no impedía que más bien me avergonzase hablar de su existencia, tanto por la naturaleza de los productos obtenidos, cuanto por el hedor que reinaba en las instalaciones cuando, no recuerdo con qué motivo, me fueron mostradas. Así pues, aunque cada día reclamaba mi presencia junto a su cama mientras se tomaba una infusión de manzanilla, sus fuerzas le daban poco más que para interesarse por lo que yo había hecho desde el día anterior.

En cambio los abuelos parecían haberse propuesto suplir a mi madre en lo que a mi cuidado se refiere, haciendo de esa tarea un estímulo para su propia vida. La abuela era una mujer que contrarrestaba las desgracias y penalidades sufridas con una constante actividad de la que formaba parte el haberme tomado a su cargo, ya que era ella quien me acompañaba a todas partes, se ocupaba de mis cosas, me leía en voz alta. Por lo demás, en la mesa, en la sala de estar, más ansiosa que simplemente atenta, procuraba estar siempre al tanto, presta a remediar atropelladamente cualquier contratiempo que pudiera surgir. Su expresión, profundamente desolada a la que se descuidase, no tardó en desbaratarse más y más, según se afirmaban los síntomas de lo que entonces se diagnosticaba –no sé si con propiedad o no– como demencia senil. El abuelo era un hombre afable y callado, cuya tendencia al orden le llevaba a mantener las pautas cotidianas por encima de todo a modo de defensa, como para conjurar el caos, para evitar que la adversidad terminara por arrollarnos a todos. Tal vez por la misma razón nunca hablaba de sí mismo, de sus problemas y de sus sentimientos, actitud que también la abuela parecía haber hecho suya. Así, mientras mi padre se refería con frecuencia a «la pobre Julia» o lamentaba la propia desgracia, no recuerdo que los abuelos evocaran jamás su recuerdo en términos similares,

como tampoco que se refirieran, al menos en mi presencia, a tía Consuelito, su otra hija, cuya vida se estaba extinguiendo inexorablemente por aquellos días.

Más reservada, si cabe, era Eulalia, la criada que había entrado a servir en casa al acabar la guerra y habría de acabar convertida casi en un miembro más de la familia hasta su muerte, veintitantos años más tarde; sólo entonces supimos que quien la visitaba de vez en cuando y ella presentaba como su hermano, era en realidad su hijo. Llevaba la casa, hablaba poco y, con una sensatez infantil de puro simple, aplacaba las tensiones que a veces creaba mi padre en su relación con el abuelo, cuando, por ejemplo, todos le oíamos exclamarse, «¡y yo que me casé con una mujer que era una belleza he de terminar mis días junto a este hombre!». Pero las funciones de Eulalia –que, en realidad, se llamaba Julia, como mi madre, y tuvo que cambiar de nombre porque a mi padre le resultaba difícil llamarla así– terminaban en la puerta de entrada, y quienes me acompañaban al parvulario o de paseo o me llevaban de visita eran los abuelos. A través de ellos conocí a tíos y primos de mi familia materna, una relación que tras la muerte de la abuela tendió a debilitarse. Los tíos y primos de la rama paterna nos visitaban con mayor frecuencia, tal vez en atención al estado de salud de mi padre, y en verano muchos de ellos acudían a pasar unos días con nosotros en la finca de Torrentbó.

Lo que sin duda me causaba mayor emoción eran mis incursiones de reconocimiento del entorno más inmediato. La casa contigua, por ejemplo, en aquella época deshabitada; descubrí que podía colarme por la ventana de un aseo y tardé poco en conocerla al dedillo, sin otra inquietud que toparme algún día con la mujer de la limpieza que se dejaba ver por allí de vez en cuando. O los jardines circundantes, uno de ellos inmenso y silencioso como si en la villa a la que pertenecía se hubiera cometido un crimen. O el garaje de un vecino alemán. Un dominio del territorio de gran utilidad para cuando me trajese amigos y jugáramos al escondite, o a bandas, o a ensayar suplicios.